

# EL SITIO DE AGUADULCE

BENJAMIN LATORRE CHAVES



A mediados de mayo de 1902, desembarcó en el puesto de Antón y otros cercanos, una lucida expedición militar, de la que era jefe el general Luis Morales Berti y divisionarios los señores Luis M. Gómez, Luis R. Moreno, Cupertino Viveros y algunos otros, con un efectivo mayor de tres mil hombres, perfectamente equipados, la cual marchó en seguida sobre Aguadulce, importante puerto también sobre el Pacífico, ocupado desde febrero anterior por fuerzas del General Benjamín Herrera, y que ante elementos tan poderosos hubo de abandonar el General Julio Plaza, retirándose con la guarnición respectiva a la ribera opuesta del río Santa María, como seis leguas distante.

Debidamente informado el General Herrera de todos los movimientos del General Morales Berti, así como de la calidad de los jefes de su Estado Mayor y del total de los varios contingentes desembarcados, acudió de la capital de Chiriquí, sede de su cuartel general, y después de confirmar la situación, número y posiciones de ambos ejércitos, resolvió hacer concurrir casi todas sus tropas a un nuevo duelo en Aguadulce. Impartió instrucciones para nueva organización del gobierno en las provincias de Chiriquí y Veraguas; hizo llegar la División del General Ramón Buendía, triunfante en Bocas del Toro; aumentar las brigadas; activar la terminación de diversos equipos y a

finis de Junio los primeros batallones salían en dirección al Santa María, acantonamiento hasta entonces de nuestra vanguardia. Por último, el veinte de Julio el Estado Mayor General se instalaba en la vecina ciudad de Santiago de Veraguas.

En seguida parte del ejército atacante marchó a ocupar el poblado de Pocrí, pudiendo percibir ya de tal sitio algunos de los atrincheramientos enemigos. La reacción de rigor no se hizo esperar, apresurándose el jefe sitiado a hacer conocer el alcance de sus cañones y la rapidez con que funcionaban las ametralladoras. Por parte de los sitiadores se recibió la orden inicial de no prodigar disparos y de proceder a la construcción de defensas, con madera, fosos y piedras, mientras se iba estrechando el cerco, terminado en un extremo por el mar. En este esfuerzo de cubrir todo trecho de posible escape, desarrollado a campo raso, ante una línea próxima y bien fortificada, hubo pérdidas muy apreciables, sobre todo en calidad.

Las primeras víctimas fueron, el General Porfirio Sotomayor, quien fue fulminado de un balazo en la frente y el jefe de la artillería, coronel Narciso Castellanos, que cayó con un brazo destrozado. El cadáver del primero pudo ser conducido al panteón de Pocrí. El segundo, que ha sobrevivido lo bastante para escuchar en los últimos tiempos voces como de triunfo civil,

se extingue digno, ciego y mutilado en los contornos de Chiquinquirá. Los Capitanes Quico Vila y N. Guzmán, con el Teniente Jesús Lara, iniciaron la lista de oficiales que rindieron allí el tributo del lacerado Tolima. El aiférez Requené, de recia complexión física, oriundo de Barbacoas, en momentos en que recibía alguna orden del primer ayudante del batallón Cauca, Luis F. Latorre L., fue también alcanzado por una bala en la cabeza y cayó agonizante en brazos de éste. En aquellos lugares el Ejército vibraba electrizado al paso de Herrera, Lucas Caballero y Bustamante, que todo lo escrutaban.

En este estado un serio descalabro vino a complicar la situación de las fuerzas oficiales. El considerable refuerzo que de la ciudad de Panamá enviáronles a bordo de la cañonera "Boyacá", el vapor "Chucuito" y la gasolina "Campo Serrano" fue batido integralmente y tomado prisionero, casi en la propia ensenada de Aguadulce, por el sereno General Rafael Santos V., intrépido Comandante del "Almirante Padilla".

Lista de los jefes y oficiales capturados en este combate naval del 31 de Julio de 1902: Generales Estanislao Henao U., Alejandro Ortiz y Ernesto Ferrero. Coroneles Juan Filostán (ar-

tillero), Juan V. Buitrago, Cesáreo Ocampo, Juan A. Trujillo, Juan Florestal. Tenientes Coroneles Arturo Villarreal (artillero), Rafael Jiménez y Luis E. Villegas. Sargentos Mayores Emilio Echeverri, Jesús María Ocampo, Alfonso Villegas, Polidoro Londoño, Santiago Aristizábal y Arabí Caldas. Capitanes José A. Avendaño, Eugenio A. Gómez, Eleázar Orozco, Emilio Uribe R., Francisco Duque, José M. Vásquez, Lorenzo Montoya, Enrique Jaramillo, Heraclio Duque, Jesús M. Uribe, Daniel Vélez, Campo Elías Herrera, Miguel Rosero, Alberto Figoillen (artillero), Enrique Gómez y Ricardo Ochoa. Tenientes Gabriel Barrero, Pedro Hernández, Luis Obando, Próspero Quintero, Carlos Dávila, Félix M. González, Rafael López, Elbano Villareal, Emiliano Angel, Antonio J. Tobar, Antonio M. Alvarez, Juan de la Cruz Ospina, Rafael Hincapié, Félix Villa, Joaquín Zapata, Rafael García, Carlos Trujillo, Patos Marín y Marcos A. Giraldo. Subtenientes, Roberto Ospina, Francisco Contreras, Rafael Reyes, Jesús M. Torres, Eliseo Gómez Z., Jesús A. Ríos, José Serrano, Jerónimo Trujillo, Alfonso Trujillo, Lucrecio Saldarriaga, Ruperto Ayala, Luis F. Ospina, Agobardo Angel, David Ocampo, Miguel Londoño, Luis Olivares, Pablo Dantire, Sinforiano Peláez. Santiago Ramírez, Alejandro Robles, Pedro Pablo Ortiz, Manuel Palacio, Eduardo Rojas, T. Jaramillo, E. Gómez, Pablo Martínez.

---

#### SEÑOR

#### BENJAMIN LATORRE CHAVEZ

Veterano de la "Guerra de los mil días". Participó en su juventud como militar ocasional en diferentes campañas en los Departamentos de Cundinamarca, Tolima, Cauca y Panamá, hasta el famoso tratado del "Wisconsin".

En el curso de los primeros quince días de sitio, envió el General Herrera en dos ocasiones emisarios al General Morales Berti, haciéndole presente su crítica situación y exigiéndole que entregara la plaza, con la íntima promesa de reales garantías. Uno de tales emisarios fue el coronel Alain Lemos fogoso ayudante de campo. Pero hubo enérgico rechazo de la proposición. El día nueve de agosto quedó emplazado

en una altura próxima a la ciudad el cañón de proa del "Padilla", trasladado allí con enormes dificultades, el cual empezó a causar gran destrozo, con sus proyectiles de algo como diez libras. en el reducto enemigo. Entre tanto, durante la noche, con nuevos fosos y trincheras avanzadas se intensificaba la obra de reducción de la plaza sitiada. En la artillería y otros cuerpos luchaban Angel M. Buendía, Arturo Carrera, Adelmo A. Ruiz, Segis Cleves, los hermanos Celiano y Enrique Gutiérrez, Alejandro Mosquera, Angel M. Ramírez, Miguel Angel Meléndez, el "Momo" Tafur, y muchos otros oficiales decididos, quienes cumplían hábiles estrategias ordenadas como la de emplear balones de trapo, ligados fuertemente y empapados en petróleo, que al lanzarlos servían, apenas encendidos, hacia el campo contrario para hacer fracasar tentativas de asalto, al iluminar el espacio intermedio, maniobra que además impedía el traslado a la línea sitiada del ganado que había quedado entre ambos fuegos.

Del Estado Mayor General, emulaban en cumplir órdenes, que recordemos, Valentín Ossa, Plácido Serrano, Moisés de la Rosa, Julio del Castillo, Alberto Ibáñez. En aquella jornada, por la naturaleza misma del ataque fueron reprimidos los más impetuosos —que de valor sereno había también derroche— los cuales hubieran querido, como en el anterior combate de Aguadulce, acelerar, temerarios, la victoria a campo raso. De táctica y de asedio inteligente era ahora la consigna. Allí estaban, forzados por la recia disciplina, en contensión insólita, Jorge Enrique Galvez, Alain Lemos, Luis F. Latorre L., Luis María Rosero, N. Díaz y varios otros.

Cuatro semanas habían transcurrido, sosteniéndose ambas partes firmes en el valiente empeño. La escasez de

provisiones apretaba en Aguadulce; la vigilia e impaciencia en nuestras filas. La artillería de ambos lados funcionaba casi sin cesar. Las alambradas y trincheras se lograba con frecuencia en varios sectores, trasladarlas durante la noche más hacia adelante. Las palmas, tan abundantes en aquellos contornos, que iban quedando dentro de la zona de mayor peligro, eran aprovechadas para acomodar a conveniente altura y en pequeños tablados ocultos, hábiles tiradores, que así dominaban parte de las fortificaciones internas. Sistema de "palomeo" se llamó en el campamento tal maniobra. Quienes allá subían, veíanse forzados a esperar la noche para el turno y descenso, pues abundaban proyectiles certeros.

Desde el final de la primera semana de asedio y vigilia, había surgido un nuevo enemigo, peligroso por demás: el dominante sueño. Para vencerlo, sobre todo de noche, eran casi inútiles todos los esfuerzos. Aún de pies, era frecuente cierto bamboleo y ni el continuo movimiento al recorrer y vigilar la extensión encomendada a cada oficial, lo ahuyentaba del todo.

Un tanto familiarizados, después de aquel tiempo de sitio, con los azares de esta lucha, algunas noches, en los lugares donde las contrarias trincheras quedaban más próximas, se desarrollaban entre los contendores diálogos picantes y ocurrió el caso de que una bala intrusa acallara de repente el rasgueo de una guitarra, manejada con pleno desenfado por un oficial pastuso, destrozando el instrumento y respetando al alegre trovador, quien al punto reanudó su canto entusiasmado, tras una pujante interjección.

La estrofa acabada de entonar al ocurrir la peligrosa interrupción, decía:

“Por admirar, Tumaco, tu hermosura, yo vengo de las faldas del Galeras, pero nunca en mis sueños de ventura te juzgué tan gentil, tan hechicera.

y en seguida con más alta voz y valentía, continuó, para terminar:

La perla del Pacífico te llaman los que colman en tí férvido anhelo, más los que en fuego celestial se inflaman (flaman llamarte deberán: Trozo de Cielo!”

Por último al finalizar el mes de agosto, fue izada bandera blanca dentro de las fortificaciones de Aguadulce. Admirable jornada aquella, en cuyo desarrollo se anticiparon los jefes sitiadores, a la táctica empleada años más tarde en casos similares por los estrategos de la gran guerra europea Morales Berti caía como bravo, después de heroica resistencia. Y Herrera, Caballero y Bustamante, sabían mostrarse muy dignos de aquella victoria, al suavizar la hora amarga de los vencidos con su actitud, hidalga y caballerosa.

---

No que las guerras civiles colombianas sean aún reprobables en lo absoluto de algunas de sus esencias reivindicadoras ni en la conducta de todos sus hechos. Hombres decentes que abandonaron la blandura del hogar, dejando atrás, desamparados, hijos y esposas, o novia y madre, para irse por breñales y desiertos, por selvas mortíferas y abruptos montes a galantear la muerte, el hambre, el miedo, la angustia perenne y sin fin de tribulaciones; hombres desnudos casi y casi imbeles, que tenían que suplir con alma la desmembrada resistencia física, y eso día y noche, meses y años, y aún la vida toda, ¡vamos!, no lo hacían de buenas a primeras y antojadizo móvil. Eran heroicos. Bárbaros también a veces. Pero cuántos tocaron a la sagrada linde de la santidad o del martirio. Hasta hombres rudos alzaronse a dignidad de héroes y al preciado señorío de un patriciado indefectible.

Luis López de Mesa.